

ECOS MODERNOS DE LA MELANCOLÍA ESPAÑOLA DEL SIGLO DE ORO

Desde Cervantes a Ángel Ganivet la cultura y decadencia españolas están marcadas por los humores melancólicos. Se trata de una mezcla de locura y abulia que caracteriza a místicos, poetas y, en el siglo XIX, a una generación de plata marcada por la pérdida del imperio.

Roger Bartra

En la España del Siglo de Oro se incubó un poderoso mito, la melancolía, que escaló grandes alturas intelectuales y también fue adoptado por muchos que vieron en el humor negro una amenaza para la salud mental. La melancolía cristalizó en una poderosa imagen todas las expresiones de la locura estudiadas por la tradición hipocrática y galénica y enriquecidas por el pensamiento de sabios árabes y judíos medievales. Sin duda en la cumbre de esta gran irradiación de conocimientos y mitos encontramos al Quijote, el emblema más atractivo de la locura melancólica. Esta enfermedad fue explicada por el gran médico Juan Huarte de San Juan y quedó representada en obras de Lope de Vega y Tirso de Molina. Sus impresionantes repercusiones religiosas y poéticas encarnaron en la obra de santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz. He dedicado un libro (*Melancolía y cultura*, Anagrama, 2021) a explorar la melancolía y las enfermedades del alma en el Siglo de Oro español, donde el lector encontrará tanto a los grandes escritores como Cervantes como a modestos médicos como Andrés Velásquez, que ejercía en Arcos de la Frontera donde estaba encargado de curar a las prostitutas y que publicó en Sevilla en 1585 un tratado sobre la melancolía.

La melancolía, dentro del humoralismo médico, es un gran ejemplo del extraordinario poder metafórico y mítico del maravilloso sistema mediador hipocrático-galénico. Y este poder metafórico se expandió extraordinariamente durante el siglo XVI en España. El ejemplo de la melancolía muestra que estamos ante un modelo ampliamente aceptado: fue un conjunto estructurado de reglas y conceptos que explicaba los disturbios mentales y estimulaba una

amplia comunicación entre todos aquellos interesados en el funcionamiento del cerebro. Pero su correspondencia con la realidad natural era precaria, en el mejor de los casos, y nula en la mayor parte de las ocasiones. Se trataba de un modelo de paradigmas científicos en cuyo interior podemos encontrar estructuras míticas con un alto poder metafórico. Por ello tuvo una gran influencia, y no por su habilidad para curar o aliviar las enfermedades mentales.

Como he explicado en mi libro, la teoría humoral ofrecía un maravilloso paisaje barroco repleto de atractivas imágenes y metáforas. El sistema mental y cerebral en el que se aposentan los vapores de la melancolía funcionaba como una mezcla de procesos mecánicos, reflejos ópticos, transmisiones neumáticas y cocciones químicas. Las imágenes y las sensaciones mueven fuerzas en la máquina mental e imprimen marcas en la sustancia cerebral similares a las que realiza un alfarero. Además de las impresiones, los mensajes cerebrales se difunden por ilustración y la luz de las ideas se expande o se bloquea en series entrecruzadas de transparencias y opacidades, de velos vaporosos y nervosidades cristalinas, de oscuras cenizas y destellos celestiales. El cerebro es también un aparato neumático de vejigas interconectadas, de sensuales transmisiones de fluidos vaporosos impulsados por las lentas y casi imperceptibles pulsaciones de los ventrículos. Y, además, la casa del alma es como una serie de estancias articuladas en torno de la cocina: allí ocurren hervores y fermentaciones de sustancias húmedas y tibias. Con frecuencia la humareda se extiende por toda la casa y se queman los fluidos; quedan después secas y duras cenizas sedimentadas, muros ahumados por la combustión de humores y soplos espirituales oscurecidos y desvirtuados. Esta adustión es la causa de la melancolía. El complejo universo cerebral era, no obstante, comprensible e íntimo: trágico

camente cercano a las inquietudes cotidianas, pero también estaba conectado a los secretos de la astrología y a los misterios de la teología. No era fácil orientarse en ese laberinto mental y cerebral de temperamentos, fluidos, emanaciones, espíritus, luces e impresiones. La idea de un laberinto interior era importante, pues dejaba un lugar para las opciones: a pesar de la influencia de astros, humores y temperamentos, la máquina cerebral debía ser flexible, ya que el libre albedrío estaba encerrado en la caja craneana y sus movimientos ocasionaban un cierto desorden en la casa del alma.

Bajo el signo de Saturno

El imperio español parece iniciarse y terminar bajo el signo de Saturno. Tanto en su nacimiento, en el Siglo de Oro, como en su muerte, en los albores de la llamada Edad de Plata, se halla presente el mito de la melancolía. En esa Edad de Plata, en cuyo corazón encontramos a la generación del 98, que hizo de la melancolía un emblema para referirse a la malograda identidad nacional en tiempos aciagos, cuando a fines del siglo XIX se vive el ocaso del otrora grande imperio español. Es importante señalar que no hay un abismo entre las antiguas melancolías barrocas y las modernistas o las del 98. Por ejemplo, un eslabón importante en la cadena de humores adustos paralizantes lo hallamos sin duda en José Cadalso en el siglo XVIII. En sus *Cartas marruecas* describe la vida mediocre, aburrida y repetitiva de unos españoles cortesanos que, al no aspirar ni siquiera a la fama póstuma, se hunden en el tedio de la vida cotidiana de quienes sufren un gran abatimiento al comprender que, al llegar la muerte, serán igual que el último de sus esclavos. El abatimiento al que se refiere es la melancolía, aunque no la nombra. Su ideal es que los hombres renuncien a su sed de fama póstuma y que miren con "tedio" a los héroes y a los grandes escritores. Más adelante Cadalso rectifica su desprecio por la sed de trascendencia, pues se da cuenta de que el tedio sume a los españoles en esa horrenda falta de voluntad que después denunció Gánivet. En otro texto, *Noches lúgubres*, Cadalso nos da una muestra de que la exaltación tétrica de la muerte y el deambular por los cementerios no es un atributo exclusivo de los melancólicos del 98. ¿Acaso no estamos frente a la gestación de una conciencia imperial trágica y desdichada? ¿No se está aquí modelando la lúgubre visión del mundo de una clase hegemónica que no logra gobernar la nave nacional en las turbulentas aguas de la modernidad y que acude a la melancolía para atenuar sus penas?

El romanticismo fue, al mismo tiempo, un vehículo y un tamiz de los sentimientos melancólicos: rescató la antigua tradición de los humores tristes, pero filtró hasta cierto punto sus efectos más desorganizadores (utópicos y revolucionarios). En España, podemos suponer, un romanticismo relativamente precario dejó sin tamizar los aspectos más trágicos del humor negro y amplificó sus aspectos negativos, de tal manera que a fines del siglo XIX nos topamos con muchos quiéjotes amargos, duros, rabiosos y ciegos, obsesionados por el rescate de una identidad nacional dañada o en peligro de desaparecer y por la falta de unidad de España. La melancolía barroca fue mal digerida por la cultura española decimonónica, especialmente por la generación del 98, al punto que quedó disociada de la ironía y del humor propios de la tradición cervantina. Y sin estos ingredientes, ha sido difícil la asimilación de la llamada decadencia de España y del derrumbe del imperio. La modernidad necesita de la melancolía, pero el humor negro en dosis excesivas se convierte en un lastre conservador y reaccionario. La generación del 98 hereda la tristeza de románticos como Rosalía de Castro y Bécquer.

Además, la generación del 98 vivió y sufrió la idea de una melancolía típicamente española. Antonio Machado, en conocidos versos,

aludió a la agria melancolía que puebla las sombrías soledades de Castilla. Azorín, en su conocido libro sobre Madrid, describió típicos sentimientos melancólicos: "Divagamos en el silencio de la noche entre viejas tumbas. Nos sentimos atraídos por el misterio. La vaga melancolía de que estaba impregnada esta generación confluía con la tristeza que emanaba de los sepulcros. Sentíamos el destino infortunado de España, derrotada y maltrecha más allá de los mares, y nos prometíamos exaltarla a nueva vida. Todo se enlazaba lógicamente en nosotros: el arte, la muerte, la vida y el amor a la tierra patria" (*Madrid. Guía sentimental*, 1918).

La apreciación de Azorín nos lleva directamente al tema de la "decadencia" y de las "derrotas" del imperio español, y de su vínculo con la melancolía. Creo que hacia fines del siglo XIX se ha consolidado en España un complejo y peculiar tejido cultural que intenta convertir la adversidad en fortaleza animica, los fracasos en identidad y la decadencia en patriotismo y casticismo. Para que este tejido creciese fue necesario un largo proceso de decantación histórica que logró desarrollar el arquetipo de la melancolía hasta alcanzar las formas perversas pero efectivas que se suelen asociar a la generación del 98.

Para concluir esta rápida excursión arqueológica por las ruinas de la melancolía española, quisiera citar a Ángel Gánivet. En su defensa conservadora de la identidad española frente a la potencia de Estados Unidos, escribió que la habanera, un género musical "que en nuestra raza engendra esos profundos sentimientos de melancolía infinita, de placer que se desata en raudales de amargura y que en la raza a que pertenecen los súbditos de la Unión [americana] no haría la menor mella" (*Idearium español*). Es curioso que Gánivet no percibiese la contradicción entre esta exaltación de la melancolía española y la condena de su expresión bajo la forma de abulia colectiva, que no es más que otro síntoma morboso del humor negro, y que los medievales llamaron acedia. Gánivet era un ramillete de contradicciones, y de allí su interés: por ejemplo, a pesar de criticar la falta de voluntad española, quiere calmar la manía castellana por la unificación. Gánivet sostiene que, si creemos que los hombres tienden a la unidad, debemos tener paciencia en que esta idea terminará triunfando; y si por el contrario los hombres tienden a la diferenciación o al pluralismo, sería inútil marchar contra la corriente. No cree tampoco que los hombres caminen sin dirección, en espera de un genio que les guíe. En conclusión: no hagamos nada. Nada... Esa es la melancólica clave de esas situaciones en que los hombres no quieren hacer nada, pero ocurren muchas cosas: muchos hechos trágicos que ensangrentaron la historia de España y que terminaron, no con un genio, sino con un caudillo militar que se creyó destinado a ser el guía de todos los españoles férreamente unificados. ■

**Roger Bartra (Ciudad de México, 1942) es actualmente investigador emérito de la UNAM y ha sido profesor invitado en universidades como Johns Hopkins, Pompeu i Fabra, Rutgers o Stanford. Su último libro publicado es 'Melancolía y cultura. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro' (Anagrama, 2021).*